

CORADINO VEGA

Escarnio



*Para Estrella,  
para Álvaro,  
para Julia*

Humillado, sin defensor y sin juicio,  
fue desterrado de la tierra de los vivos;  
por los pecados de su pueblo, mortalmente herido.

Isaías 53,8

Al vientre de la ballena se entraba por un porche acristalado sobre el que se erguía un coloso de ladrillo pálido, diseccionado por una sucesión de escaleras diagonales, incongruente con el verdor de la ciudad universitaria. Dentro había un tono de penumbra que contrastaba con la claridad de finales de septiembre. Mi padre había dejado en la tienda a Hipólito solo, después de repetirle tres veces cómo funcionaba la caja registradora y anotarle con números grandes el teléfono de la policía. Tras hablar con mi madre, se empeñó en llevarme hasta allí en su Peugeot 504, en un interminable viaje para el que me despertó a las dos de la madrugada.

—Siempre es mejor salir con tiempo —dijo la tarde antes—, ¿y si pinchamos?, ¿y si nos perdemos?

—Pero en ningún sitio dice que tengamos que entrar a una hora determinada —intenté convencerle—. Da igual si llegamos por la mañana o por la tarde.

Sin saber cómo ni cuándo se produjo el cambio, mi padre ya no escuchaba a nadie. Protestaba por todo. Vivía en un estado de tensión permanente. Cuando entramos y se topó

con la ventanilla en la que se apostaba el recepcionista, un hombre pequeño con gafas de cristales opacos, casi le da un infarto. Los rayos de luz que se colaban de la calle daban algo de colorido a la vidriera que franqueaba el acceso al salón de actos. Mi nombre no aparecía en el listado de nuevos internos. El celador llamó a dirección, pronunció mis apellidos mal y luego se corrigió, cuando mi padre hizo referencia a Torres-Navarro con cautela, anormalmente pudoroso, pues siempre había sido un torrente de energía que entraba en los sitios avasallando, ocupando con su metro noventa y su vozarrón todo el espacio. Trinitario asumió la orden recibida por teléfono y sonrió por primera vez, como una ardilla. Mi padre miraba hacia arriba y abajo, a izquierda y derecha, mostrándose amable y exageradamente educado. Le temblaban las manos. Yo le contemplaba y no reconocía al desconocido irritable en el que se había convertido ni al hombre joven y fuerte que, durante mi adolescencia y última niñez, saltaba para coger del último estante las bombillas de doscientos vatios. Al fondo del pasillo, una virgen del tamaño de un crío de doce años parecía señalar las escaleras. Los corredores eran oblongos, con el suelo reluciente, la semioscuridad constante y aquella peste a col que parecía emanar de las paredes. «Debe de haber un error», dijo cuando Trinitario abrió la habitación, situándose entre las dos camas, sin soltar las maletas. Entonces apareció Argente, el administrador del colegio, con su cara ancha y sus ojos de búho detrás de aquellas otras gafas manchadas de lamparones amarillos. Tenía una frente amplia y un aspecto digestivo. Su cabeza era lo

bastante grande para hacer perder el equilibrio a un hombre menos determinado. Nos preguntó si teníamos algún problema y mi padre dijo que no, y después que sí, y luego que no, y al final tartajó que habíamos solicitado una habitación individual expresamente.

—El reparto está completo —dijo Argente—. ¿Quiere que lo modifiquemos todo de nuevo?

Mi padre trató de insistir pero, como las palabras le aleteaban secas en la boca, fue el recepcionista quien le susurró algo al administrador en la oreja.

—García Blanco, Carlos, ¿no? —cambió de pronto el rictus de Argente, mirándome con una sonrisa oblicua—. Mañana veremos qué podemos hacer. Pero de momento tendrá que instalarse en esta habitación. Por una noche no creo que pase nada —dijo con retintín—. Además, la mayoría de los colegiales aún no ha llegado.

—Se lo agradeceríamos mucho —repitió varias veces mi padre.

Y sin embargo, cuando aquellos dos hombres vestidos de azul oscuro y gris desaparecieron con sus respectivas gafas, nos quedamos mirándonos de forma dubitativa, esquivas, hasta que mi padre rompió el silencio.

—Tranquilo, verás cómo todo va bien —dijo sin convicción, de un modo tan acongojado como la expresión que debía de reflejar mi rostro—. Aunque si quieres, busquemos otra cosa.

Yo negué con la cabeza. Había fingido dormir durante la mayor parte del trayecto.

—Aquí estarás mejor que en un piso.

A fin de cuentas era lo que habíamos acordado, con mi madre de mediadora, como si hubiésemos firmado un acuerdo de paz después de un conflicto bélico. Pero ¿cuándo había empezado la guerra? El curso anterior me matriculé en la Facultad de Derecho de Huelva después de pasarme todo el verano dudando.

—Si a mí me parece muy bien que hagas lo que te parezca —decía mi madre a punto de que se me agotara el plazo—. Pero tu padre piensa...

—¿Cómo que su padre piensa? —exclamaba él desde el cuarto de baño, donde se restregaba la mugre hasta dejar el lavabo embadurnado—. ¡Lo pensamos los dos! Lo hemos hablado millones de veces. Que con las notas tan buenas que tiene, debería aspirar a lo más alto.

—No comprendo qué quieres decir con «lo más alto» —replicaba yo, perplejo por que las conversaciones con mi padre se hubieran convertido en una dialéctica entre la cerrazón y el sarcasmo—. ¿Qué quieres de mí? ¿Que me convierta en ministro de aquí a diez años?

—Tú sabes bien que Filología no tiene salidas —terciaba mi madre reproduciendo los argumentos que oía en la sala de profesores cuando pasaba la hoja de firmas para la convocatoria de un claustro—. Después tendrías que hacer unas oposiciones muy sacrificadas y acabarías llevando una vida pequeña. Tú vales mucho, corazón. Te mereces otra cosa.

—¡Tu tío Luis dice que el futuro está en las tecnologías

informáticas! —gritaba mi padre con la puerta del dormitorio entreabierta, mientras se ponía el pijama—. ¡O en las finanzas!

—Pero ¿de verdad pensáis que lo que a mí me interesan son los ordenadores y los índices bancarios?

—¿Entonces qué es lo que te gusta, cariño? —se esforzaba mi madre, cogiéndome de la mano, como si tuviera diez años. Yo sentía su mirada llena de admiración y expectativas clavada en mi perfil, y eso me producía un asomo de parálisis a la vez que cierta urgencia por independizarme.

—¿Acaso crees que a mí me gustaba pasarme el día reponiendo neumáticos con quince años? —gritaba mi padre con el batín de invierno cuando aún no había terminado el verano.

Había sido mozo de taller, trabajado en los astilleros y, tras la regulación, se deslomaba en la ferretería que abrimos a dos manzanas de casa, en la avenida de Santa Marta, de ocho de la mañana a ocho de la tarde, seis días a la semana. Desde que entré en el instituto le ayudaba en la tienda. Cuando yo no tenía que estudiar, mandaba a Hipólito a hacer arreglos bajo la excusa de que así prosperaba un negocio. Disfrutaba enseñándome todo lo que había que saber sobre el mundo de las brocas y las tuercas. Hasta ese momento había sido un hombre jovial, que se ponía a hablar con cualquiera sin venir a cuento. Con sólo ver la cara de quien entraba por la puerta, ya sabía qué repuesto venían buscando y en qué cajón o balda lo tenía almacenado. Seguía militando en la UGT después de su despido en los astilleros. Siempre le

había pagado a Hipólito, el chaval que le ayudaba en la tienda o con las chapuzas a domicilio, incluso los días en que no había ninguna avería que arreglar en el vecindario. Pero a partir de ese verano dejó de hacerlo. A lo sumo le daba dos o tres monedas. Prefería que se quedara en el bar de enfrente, jugando a las tragaperras, a que estuviese en la tienda con nosotros. «Así ahorraremos», decía una y otra vez. De la noche a la mañana le habían empezado a aterrar las repercusiones de la crisis. No paraba de revisar sus libros de contabilidad, que siempre habían sido un desastre. De pronto desconfiaba de todo el mundo. Repetía que la gente se aprovechaba de quienes hacían favores. Puso rejas antirrobo y una alarma en la tienda. Le gritaba a Hipólito: «¡No dejes la caja de herramientas ahí, no vayan a quitártela!». Predicaba las pautas de un empresario pero, a la hora de la verdad, se sentía incapaz de aumentar el beneficio si perjudicaba a alguien: por mucho que le preocupara la pensión que le quedaría tras jubilarse, seguía fiando y acudiendo como factórum a cualquier emergencia que surgiera en el barrio.

—Andrés, ¿por qué te has puesto la bata enguatada? —le preguntaba mi madre.

—Habré cogido frío...

—Andrés, hace treinta y cinco grados.

—Pero vamos a ver, Carlos, ¿a ti no te gustaría ser ingeniero o abogado?

Así más o menos todos los días, todas las noches, desde finales de junio hasta principios de septiembre, cuando comprendí que aquel jaleo de quitarse de en medio a Hipólito no

obedecía a ninguna lógica económica ni al interés por que yo aprendiera su oficio, o no únicamente. Si mi padre se obstinaba en que le ayudara en la tienda a cada momento era porque quería pasar más tiempo conmigo ahora que mi marcha a la universidad era inminente, tenerme cerca, que no me fuera. Proyectaba en mí el miedo que le daba un mundo que, para él, había cambiado completamente en menos de veinte años. Siempre nos habíamos llevado bien, nos reíamos juntos. Hasta que comenzó a obsesionarse con el dinero y a leer en voz alta noticias de peleas en discotecas, atropellos o alijos de cocaína. Por otra parte, comentaba a cada momento las notas para entrar en las facultades más demandadas. Igual me miraba de reojo cuando el telediario mostraba una estadística de embarazos no deseados, que cuando oía en la radio que el porvenir pasaba por las telecomunicaciones. Saturado por la información que le venía de todos sitios —lo que decían alarmantemente los periódicos, las experiencias más lóbregas de sus clientes, los chismorreos de los vecinos o los consejos de sus cuñados y hermanos—, a finales de agosto se presentó con un folleto de las carreras que se podían estudiar en la Universidad de Huelva.

—Así ahorraremos —repitió.

Y en aquel momento no me costó tanto complacerlo. En el fondo me daba igual: yo era un muchacho entusiasta y afirmativo, con habilidad para sentirme satisfecho conmigo mismo, y el problema no era que no me gustara nada, al contrario. Elegí Derecho porque me ilusionaba la carrera como modo de profundizar en los conocimientos que había adqui-

rido a base de leer periódicos y discutir de política con él desde que tenía trece años. Uno de mis columnistas favoritos de la prensa local era Félix Montero, un joven profesor de Historia del Derecho, y me atraía la idea de asistir a sus clases y estudiar conceptos como legitimidad o justicia. Me habían emocionado tanto las asignaturas de filosofía e historia en el COU, que estaba convencido de que lo importante no era la titulación, sino la disciplina personal para crecer intelectualmente. Y durante ese primer año todo fue bien. Tanto que Montero —que se había doctorado en Bolonia, hablaba del mundo como un sitio amplio, y cuyo talante ilustrado admiré más aún desde la primera clase que dedicó a la Constitución de 1812— me llamó a su despacho al finalizar el curso y me explicó que en esa facultad sólo iba a perder el tiempo. En las cinco materias de primero había sacado matrícula de honor. Debía irme a Madrid, a algún sitio como ICADE. Él hablaría con Juan Antonio Torres-Navarro, el catedrático que codirigió su tesis y que se acababa de reincorporar a la docencia tras pasar en el Constitucional ocho años. Me conseguiría una recomendación para que entrase donde yo quisiera. Atravesé la puerta de su despacho flotando. Yo nunca había estado en Madrid —en realidad sólo había salido de Andalucía una vez, a Tenerife en el viaje del tercer año de instituto—, y me imaginaba en un campus verde con taquillas como los de las películas. Por primera vez me sobrevino un sentimiento de estrechez simultáneo a otro de desarrollo que me empujaba a escapar de la limitación de mi ciudad, de mi barrio y de mi padre. De mi padre que, durante ese curso, había sido lo úni-

co que no había ido tan bien, puesto que intensificó su alarma, su tacañería y la somatización de su ánimo.

No sabía cómo contárselo. Él estaba convencido de que la acidez de estómago de la que se quejaba era la consecuencia de una úlcera en estado avanzado. Un jueves que llegué a las tres de la madrugada, me lo encontré despierto, con el batín hasta el cuello, de pie en el salón: ¿dónde estabas?, ¿con quién has salido?, ¿qué haces a estas horas en la calle un día entre semana?, me echó el aliento. Y a las siete me levantó para que me fuera con él a la tienda.

—Cada uno tiene que hacer lo que tiene que hacer —iba diciéndose por el camino—, no andar por ahí de noche como si fuera un crápula.

—Estuve celebrando que he sacado cinco matrículas de honor —le respondí—. Tengo diecinueve años. Te estás volviendo un paranoico obsesivo.

—¿Qué? —se detuvo—. ¿Me tienes hasta las cuatro en vela pensando si te habrían dado un navajazo y lo único que dices es que me estoy volviendo un maniaco posesivo?

No aguantaba más. Me enfurecía su aprensión. Su miedo constante a que pasara algo trágico. La imagen de su cara congestionada se me aparecía, cada vez que miraba al cielo, diluida en las nubes que salían del Polo Químico oliendo igual que sus exhalaciones. Su voz chocaba una y otra vez contra las paredes de mi cráneo. En el cajón de mi mesilla de dormir tenía una carta del profesor Torres-Navarro animándome a estudiar en la Complutense y entrar en un colegio universitario. Entonces hablé con mi madre.

—Me da igual lo que cueste —dijo—. Esta vez no estoy dispuesta a que las tonterías de tu padre te priven de esa oportunidad. Tú no te preocupes por nada. Te lo mereces.

Así que ¿cómo no iba a preferir una habitación individual? Tenía que estudiar, seguir sacando buenas notas, no defraudar a mi madre y que mi padre se sintiera orgulloso de su sacrificio económico. Que el colegio mayor Pío IX fuera religioso no era para mí relevante. Sin embargo, al ver cómo se dirigían a nosotros Trinitario y Argente, supe que la exigencia de tener un cuarto sólo para mí en un sitio como aquél era un capricho inalcanzable para el hijo de una conserje y un ferretero.

—Hablaré con el director y buscaremos otra cosa —insistió mi padre.

—No, está bien. De verdad.

—Espera a que lleguen los demás —añadió poniéndome la mano en el hombro—. A lo mejor hasta acabas disfrutando.

Desde que subimos a la habitación lo único que había deseado era que me dejara solo. Pero cuando al fin se marchó, después de repetir que tuviera cuidado y guardara bien la cartera y no perdiera los papeles de la beca ni olvidara llamarles con lo que fuese por teléfono, sentí una punzada en el corazón de tal calibre que a punto estuve de ponerme a maullar como un gato.

Mi compañero de cuarto se llamaba Pablo. Era un joven alto, con una barba incipiente y una palidez enteca. Esa mis-

ma tarde irrumpió sin llamar en la habitación. Llevaba una camisa gris, con los botones superiores desabrochados, sobre la que caía una melena castaña que le tapaba la mitad de la cara. Llegó solo, con un enorme macuto, resoplando como un elefante. Cuando me tendió la mano, traté de sonreír y me miró como si yo perteneciera a una especie con la que nunca se hubiera encontrado. Arrojó el macuto sobre una cama y se quitó las zapatillas de marca que llevaba puestas; se tumbó en el colchón y sacó un *discman*; se puso a escuchar música y no añadió ni una palabra. Yo me quedé mirándolo y luego comencé a deshacer la maleta y a colocar algunas camisas en el pequeño armario de la esquina. En la habitación había dos escritorios, dos sillas, unas estanterías, un lavabo, un plato de ducha y el ropero con las perchas. Después de colgar las camisas me di cuenta de que, si al día siguiente me daban una individual, tendría que hacer de nuevo la maleta y no sabría doblar la ropa como lo había hecho mi madre. Cuando sonó el timbre de la cena, miré de nuevo a Pablo, pero como éste seguía en la misma actitud de incomunicación y recelo, salí sin decirle nada. Por fin estaba en Madrid, iba a empezar segundo de Derecho en la Complutense, aquél era un buen colegio y mi padre se hallaba lo suficientemente lejos para que su fanática preocupación no me aplastara el cerebro.

Sin embargo, durante la primera semana esperé a que me cambiaran de habitación en vano. Pablo seguía sin abrir la boca a no ser que fuera para burlarse de mí. Si le pedía que bajara el volumen de sus auriculares, lo subía más aún o se

ponía a cantar a gritos cualquier letra de Nirvana. Si le saludaba al llegar, respondía: «Qué educado eres». Si me avisaban por el telefonillo para que bajara a atender una llamada, soltaba: «Corre, corre a los bracitos de mamá». Y como tampoco se movía del cuarto, empecé a pasar la mayor parte del tiempo en la biblioteca, sonriendo y diciendo «¡Buenos días!», «¡Buenas tardes!», como observé que hacía todo el mundo. En el acto de inauguración del curso académico me admiró la fuerza que desprendían las risotadas y los abrazos de los colegiales veteranos. Al rato vi entrar a Pablo mirando a izquierda y derecha con la cabeza muy alta, pisando fuerte, el pecho lleno de aire. No saludó a nadie y se sentó solo. Sobre el entarimado estaba el administrador, tres o cuatro alumnos y el padre Valencina. Éste cogió un micrófono y dio unas palabras de bienvenida. Su voz resonaba afable en el silencio entrecortado del auditorio. Palabras de acogida, palabras suaves, palabras que ocultaban tras su amabilidad un plan de conducta claro. Habló de San Agustín y de Pío Nono.

—Estudiar es otra forma de servir a Dios —dijo con voz melosa—. Y de hecho vuestro deber es exigirlos al máximo, ser competitivos. Pero el universitario ha de cumplir con un modelo integral de vida. Uno no puede encerrarse y estudiar sin más, alejado del mundo. El colegial debe conocer ese mundo, salir de sí mismo y abrirse a los otros.

Yo ya no creía en Dios. Mi relación con la religión era inexistente desde que dejé de ver a Nelson. El día en que llegó el padre Nelson a la barriada de La Orden fue como si hubiese aterrizado en el parque Moret un platillo volante. Escuché a

mi amigo Javi decir: «Es negro». A Pedro: «Brasileño». A Ñete: «Según el cura nuevo, hacerse una paja no es pecado». Y los tres estaban en lo cierto. Cuando empezaron las catequesis para la confirmación, los cuatro íbamos a la misa de las siete y media que Nelson se inventó para los jóvenes del instituto. Tras aquellos treinta minutos de cánticos con música de Simon y Garfunkel, que impregnaban el aire de optimismo desaforado, entrábamos en clase como si levitásemos cuatro metros por encima del suelo. Cualquier cosa que le dijéramos era recompensada con un: «Positivo para ti». Daba igual los disparates que se nos ocurrieran. Soltaras lo que soltaras, Nelson te miraba con los ojos muy abiertos, sonreía con sus dientes de marfil y respondía: «Positivo para ti». De ese modo, no fue difícil deducir que aquellos dientes blancos tenían razón. Que Dios existía. Pero no el Dios omnisciente y justo que mi abuelo Juan había intentado meterme por los oídos durante quince años, ni el vengativo y supersticioso de mi abuela Natalia, ni tan siquiera el ente aureolado de bondad que trató de explicarme mi madre cuando se ofreció como preparadora para mi primera comunión. No. El Dios del padre Nelson era un tipo de carne y hueso, alegre, humano y probablemente negro, con todas las contradicciones y la imperfección de quien no es omnipotente: alguien que comprendía que al mentir por amor, querer ser feliz, ansiar libertad o machacársela en el cuarto de baño no se hacía nada malo.

—A ver, y qué os ha dicho hoy Pelé—se burlaba mi padre cuando yo volvía de las catequesis.